

EL RITUAL MÁGICO QUE COBRA VIDA

Aunque algunas esperas se hagan de rogar,
ten por seguro que valdrán la pena
cuando las hojas se abran de par en par
y la cruz de guía asome por la puerta.

¿Cómo se puede describir una procesión?
Ese ritual mágico que cobra vida,
surge de las entrañas de una capilla
y entre las calles reparte emoción.

Las lágrimas de cera que vierten los cirios,
los pies desnudos al servicio de la fe,
los dedos que acarician las cuentas de los rosarios
y toda una estación de penitencia por hacer.

La ilusión de los niños boquiabiertos,
los guantes que les ofrecen una estampita,
la bola de cera a la que dan vida
y sus ojos, a cada detalle despiertos.

A lo lejos avanza la barca del misterio
gracias a los navegantes de las trabajaderas.
Cristo avanza con cada pie izquierdo
y ahora olvidas cualquier queja sobre las esperas.

Las baquetas restallan contra los tambores,
un soplo de aire vibra entre las cornetas,
una nueva marcha que la banda completa,
inundando la carrera oficial de benditos sonos.

Una mujer que viste el luto de la mantilla
no puede contener más la llamada
de la lágrima que resbala por su mejilla
y sigue su camino hasta la madrugada.

Un hombre se asoma al balcón engalanado,
las perlas de sudor resbalan por su frente,
y, con la mirada puesta en él de toda la gente,
una saeta hace brotar de su corazón desgarrado.

El incienso que al azahar acompaña
en los brazos pausados de los acólitos
se abre paso y el alma desentraña,
brindando a cada tramo ese bálsamo insólito.

Emerge entre bambalinas la Virgen
y todos —cofrades o no— los allí reunidos
se sienten por su inmenso dolor sacudidos
pues su dulce rostro el alma aflige.

El capataz anima desde el llamador
a todos los valientes que elevan al cielo
a la madre del hijo de Dios
por gloria mía, ¡qué bonito lo estáis haciendo!